

XV

RE
LA
TOS
C
RTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s
2 0 1 3

**PREMIO DE RELATOS CORTOS
LOS MONEGROS
2013**



Edita:

Instituto de Estudios e Investigación de Los Monegros

Avda. Fraga, s/n. 22200 Sariñena

E-mail: ieim@monegros.net

Depósito legal: HU-313/2014

Imagen portada: Casa Chesa (Villanueva de Sijena)

Fotografía: Gemma Grau

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
1.º PREMIO <i>Gonzalo Calcedo Juanes</i> “De tripas corazón”	7
2.º PREMIO <i>Roberto Leliebre Camué</i> “La misión del sargento Couto”	33
MEJOR RELATO MONEGRINO <i>César Ibáñez París</i> “J. F. y J. F. conversan”	57

Presentación

Plenamente consolidado en el panorama de premios literarios en lengua castellana, el Certamen de Relatos Cortos “Tierra de Monegros” ha llegado en plena forma a su decimoquinta edición, con récord de participación y una internacionalización en auge. El jurado seleccionó los relatos finalistas que se recogen en esta publicación, entre las 612 obras presentadas a concurso, procedentes de 26 países.

Este Certamen que convoca la Comarca de Los Monegros con carácter anual, cumple el doble objetivo de contribuir a la promoción de este territorio y a la difusión cultural. Los Monegros es fuente de inspiración de creadores de todas las disciplinas artísticas. También la literatura ha puesto el foco en este territorio que incrementa su visibilidad internacional gracias a esta iniciativa cultural.

Los escritores galardonados a lo largo de sus quince ediciones, así como la brillante trayectoria de los autores premiados, es otra evidencia de la alta calidad del certamen. Una información que se puede ampliar en la web del certamen <http://relatoscortos.losmonegros.com>. A través de esta página se pueden descargar todos los relatos premiados desde su comienzo en 1999 hasta la actualidad en formato e-book de forma gratuita. Disfruten ahora de la versión impresa de los relatos finalistas del XV Certamen de Relatos Cortos “Tierra de Monegros” que tienen en sus manos.

Daniel Périz

Consejero Comarcal de Educación y Cultura



PRIMER PREMIO

De tripas corazón

Roberto Calcedo Juanes

Gonzalo Calcedo Juanes

Gonzalo Calcedo Juanes (Palencia, 1961), funcionario en excedencia, ha publicado los libros de relatos *Esperando al enemigo* (Tusquets, 1996), *Otras geografías* (NH Ediciones, 1998), *Liturgia de los ahogados* (Edit. Ayuntamiento de Sevilla, 1998), *La madurez de las nubes* (Tusquets, 1999), *Apuntes del natural* (Páginas de Espuma, 2002), *La carga de la brigada ligera* (Menoscuarto, 2004), *El peso en gramos de los colibríes* (Castalia, 2005), *Mirando pájaros y otras emociones* (Diputación de Badajoz, 2005), *Chéjov y compañía* (Caja España, 2006), *Saqueos del corazón* (Algaida, 2007), *Temporada de huracanes* (Menoscuarto, 2007), *Cenizas* (Pre-textos, 2008), *Picnic y otros cuentos recíprocos* (El Brocense, 2010), *El prisionero de la avenida Lexington* (Menoscuarto, 2010) y *Siameses* (Tropo, 2011).

Ha participado en antologías del género como *Los cuentos que cuentan* (Anagrama, 1998), *Cuentos de hijos y padres* (Páginas de Espuma, 2001), *Lo que cuentan los cuentos* (Cuentos Españoles Contemporáneos - Universidad de Veracruz, 2001), *Cuentos contemporáneos* (Gran Angular - SM, 2001), *Pequeñas resistencias* (Páginas de Espuma, 2002) y, recientemente, *Cuento español actual, 1992-2012* (Cátedra, 2014), obteniendo, entre otros, los premios NH en todas sus modalidades, Alfonso Groso, Tiflos,

Caja España, Cortes de Cádiz y Hucha de Oro. En 2003 publicó su única novela hasta el momento, *La pesca con mosca* (Tusquets Editores).

Habitualmente imparte conferencias sobre el género, colabora en revistas literarias y participa como articulista en medios de comunicación.

De tripas corazón

Gonzalo Calcedo Juanes

Vieron al señor Strauss vestido de mujer y huyeron campo a través. Lejos quedaron su atildado jardín y la inocente casita. Conforme perdían el resuello, las poses del señor Strauss frente al espejo del lavabo le convertían en un diablo malicioso. Hasta habían distinguido el arpón del rabo retorciéndose en el aire cargado de vaho. Lo peor era el vello de los brazos, la musculatura apergaminada, de viejo domador de circo.

El primero en detenerse fue Benjamín. Su corazón de doce años dijo basta y rodó por una arrulladora ladera; Axel aún corrió unos metros más. Era de los primeros en gimnasia y al pararse se llevó las manos a la cintura para recuperarse. No tenía voz.

Boca arriba, con los brazos en cruz, Benjamín veía pasar las nubes de junio. Galopantes, de un blanco encendido, se entintarían al atardecer con la tormenta. Apretó los párpados: el señor Strauss seguía ante el espejo, ajustándose con desgana los tirantes de un vestido que apretaba sus carnes. Se habían colado en su propiedad para dar de comer al mono, ignorantes de su secreto. La excentricidad del invisible primate se antojaba ridícula ante aquel descubrimiento.

Axel le dio un puntapié con gesto satisfecho.

–Levántate.

–¿Crees que nos habrá seguido?

–Con esos tacones seguro que no.

Rivalizaron por reírse más alto. El señor Strauss tenía fama de bohemio, de no pagar impuestos y conducir al margen de la ley, pero no de marica. El vocablo conjuntó sus voces:

–¡Marica, marica, marica!

Sin la censura adulta, Benjamín tomó carrerilla con los calificativos:

–¡Gilipollas, cretino, fulana...!

Axel despreció su tosca retórica exagerando su postura de atleta heleno.

–No dices más que tonterías.

Las risas se dispersaron hechas jirones.

–A lo mejor nos ha visto... –Benjamín retornó a la culpable inquietud.

–Es posible.

–¿Y qué podría hacernos?

–Degollarnos y merendarse nuestras tripas.

Aunque era una amenaza improbable, Benjamín recuperó los miedos recién arrinconados de la niñez; se puso pálido, un temblor recorrió sus piernas.

–Tengo un calambre.

Axel era unos meses mayor y ya destacaba. Su familia vivía en la zona alta del barrio. Iban a la misma clase. El próximo curso volverían a sentarse juntos y rivalizarían por una mirada de la hiriente Genoveva Miller, la beldad rubia del aula. Según Axel, puro almíbar bajo una piel tersa, con un suave exceso de vello rubio. Axel sacaba excelentes notas y se mofaba del mundo. Benjamín había suspendido tres asignaturas y se vería las caras con el tribunal de profesores en septiembre. Era incapaz de analizar una oración sin

enredarse en fantasías argumentales, aunque había logrado defenderse con las matemáticas.

Se había apoyado en los codos y tenía briznas en el pelo. No vio a su amigo.

–Axel, ¿dónde te has metido? ¡Axel!

Los árboles más cercanos formaban un bosquecillo. Supuso que se había escondido para regodearse en su temor. El vaivén de unos matorrales le delataba. Se sacó las deportivas para vaciarlas de piedrecillas entre exagerados bostezos de aburrimiento; le llevó un rato anudarse los cordones, procurando que los extremos midiesen igual. Puesto en pie se rascó la nuca. Mientras caminaba en dirección opuesta miró de reojo hacia los arbustos.

–¿No te da vergüenza jugar todavía al escondite? –ahuecó la voz.

Pero al escuchar un gruñido de ultratumba, toda su audacia se resquebrajó.

–Deja de hacer el idiota, Axel.

El gruñido se trocó en risotada.

–Te has cagado encima.

Su amigo surgió envuelto en tierra. Se había encogido como un ovillo en el lecho de un regato seco, entre gatos muertos y manzanas podridas.

–Mentira.

Axel semejaba un espectro de arcilla. Se sacudió la ropa y el polvo le envolvió con una luz parda.

–Mírate los pantalones –dijo entre manotazos.

Y el hecho de que Benjamín obedeciese y bajara la mirada hacia su entrepierna, fue suficiente para su ego.

–Has picado, idiota.

La casa de los Cox tenía un pintoresco anejo de madera, fuente de disputas. Para la madre de Benjamín desmerecía a pesar de las cristaleras y el exagerado

alero tirolés; su hermana también lo aborrecía, considerándolo un tosco capricho de Boy Scout. El padre de Benjamín, su noble arquitecto, lijaba la madera anualmente para rehacer los nacarados barnices. Un ritual de primavera que para Benjamín significaba el comienzo del buen tiempo. Tal vez no fuese la mejor casa de la zona, pero él creía en sus bondades y odiaba a su hermana Roberta porque se negaba a invitar a sus novios por vergüenza. Ella le sacaba cinco crueles años. Llamaba parásito a Benjamín, mientras mantenía interminables conversaciones telefónicas con sus provocadoras amigas. Para Benjamín se le había ido la cabeza. Planeaba ir a la universidad y perder de vista aquel tugurio. Trabajaría en lo que fuese necesario para costearse los estudios. Aquel “en lo que fuese necesario” aturdió a su madre: camarera, limpiadora, costurera... La lista de empleos indignos empañaba las tardes de verano con su melancolía.

El señor Cox, sin embargo, consideraba tanto desaire una muestra de carácter y entusiasmo mercantil: sus negocios fracasados podían ser reflotados por su heredera. La señora Cox, en cambio, solía estar compungida. Su tristeza era un lastre para Benjamín, que influenciado por Axel elucubraba acerca de enfermedades terribles. El cáncer la primera de ellas. Tanto que en una ocasión había tironeado con disimulo del pelo de su madre para cerciorarse de que no era una peluca.

–Deja de despeinarme, Benjamín –se había quejado ella aquel día.

Hoy el cabeza de familia no había comido en casa, debido a unas prolijas gestiones que podían salvar la temporada, y Benjamín solo sintió una parte del

abatimiento habitual. La puerta principal estaba abierta y entró cabizbajo.

—¿Benjamín? ¿Benjamín, eres tú? ¿Qué tal el paseo?

La voz de su madre provenía del salón de la casa. Allí los muebles eran como confesionarios. Los anodinos cuadros ocupaban los huecos de las paredes.

—¿Benjamín?

La doble puerta con cristales color miel estaba entornada; había una visita. Benjamín pensó en la señora Dimagio, aficionada al té a cualquier hora. Permanecía en el descansillo preguntándose qué hacer: una carrera escaleras arriba le salvaría de momento; volver sobre sus pasos le humillaría. Empezó a subir.

—Benjamín, haz el favor de entrar... No suele ser un chico desobediente —añadió la señora Cox con exceso de educación.

Benjamín hizo memoria. Un espacio oscuro y humeante fue decantándose en su mente, un pequeño infierno que envolvía las palabras de su padre recordándole que sus notas finales no habían sido gran cosa.

Bajó los escalones uno a uno, como un condenado a muerte. Ya olía la cera de los muebles y hollaba la alfombra de las grandes ocasiones: aquel ciervo asaetado por cazadores con ballesta.

—Benjamín, ¿a qué esperas? El señor Strauss lleva horas esperándote.

Benjamín se tapo la boca con la mano; el desquiciado corazón quería salirse del pecho. Fue hasta la puerta, se asomó. Sentado en una esquina del sofá (su madre ocupaba la otra con las huesudas rodillas muy juntas), el señor Strauss le dedicó una apagada sonrisa. Posó la taza en el platillo murmurando:

–Así que tú eres Benjamín.

–El señor Strauss te dará clases particulares este verano, Benjamín. Creo que al final hemos dado con la persona adecuada. Quizás... quizás obre el milagro de... –la señora Cox no terminó la frase–. ¿Qué te ocurre, cariño?

–Nada –dijo Benjamín.

–Tu madre me ha dicho que lees muchos libros –terció el señor Cox.

–Dile cuantos, Benjamín.

–Algunos.

–¿Dos o tres? –el recién llegado no sabía qué hacer con aquella taza de juguete.

–No lo sé. No los he contado.

–Deben de ser cientos, ¿verdad, cielo?

–Esos son muchos libros, señora Cox.

–La verdad, no me explico cómo leyendo tanto saca unas notas tan malas.

–Suele ocurrir –admitió el señor Strauss benévolo.

Al saber Axel que el señor Strauss daría clase a Benjamín, su lengua se disparó. Tachó al profesor de sádico y caníbal. La maledicencia corrió por los sumideros hasta llegar al hogar de los Cox. Fue mal recibida. Axel era una pésima influencia para Benjamín. Debía buscarse otros amigos. Benjamín se opuso blandamente. Cada día asistía a las clases de su verdugo inane. Su madre llegó a pensar que estaba enfermo, pero el doctor Hollander le auscultó sin detectar otro mal que los propios de la edad; centímetro arriba, centímetro abajo, crecía con normalidad. Roberta, en cambio, insistió en que estaba majara y olía a rata.

El señor Strauss, misterios aparte, no era tan severo como Benjamín había supuesto. En cuanto cerraba las puertas del salón se establecía un bucólico pacto entre ellos. Curiosamente, fue bajo su callada tutela cuando Benjamín tuvo la sensación de asistir al inesperado derrumbamiento de cuanto conocía. Sucedió sin más aviso que una retahíla de tontas discusiones familiares: su hermana se marchó de casa una mañana con los zapatos en la mano, a causa de una factura de teléfono, y su padre fue requerido por un juzgado.

Un Axel malintencionado, capaz de trepar a su dormitorio por el manzano de la finca, le explicó a Benjamín que la presencia del marica se debía a los favores de su madre. Benjamín no entendía nada. Tumbado en la cama, Axel ensayaba poses con un cigarrillo recién encendido en los labios.

—Quizás el señor Strauss no sea tan marica como pensamos.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu madre se acuesta con él.

Benjamín enmudeció. Había un olor dulzón, corrompido, en el cuarto. Faltaba el aire y abrió la ventana para dispersar el humo.

—No es verdad —replicó.

—Yo diría que sí.

—Es un marica.

—Es un vicioso.

Era un miércoles por la mañana, muy temprano. La madre de Benjamín aún estaba acostada. Tomaba pastillas para conciliar el sueño y solía despertarse muy tarde, con el señor Strauss ya en casa.

—Y dicen que lleva navaja.

—Es para afilar los lápices.

—Te está adoctrinando. Como al mono.

- El mono se escapó. Me lo dijo. Hace años.
- Seguro que hasta ya sabes latín.
- Un poco.
- ¿Y esos libros? Me dan mareos solo de verlos.
- Me los ha dado él.

Axel cogió uno al azar. Dick Turpin y sus hazañas. Qué tontería. Pasó las páginas con desprecio y el humo se alborotó delante de su cara.

- Majaderías.
- Déjalo en su sitio.

Aquel conato de rebelión arqueó las cejas de Axel.

- No creo que me ganes en una pelea, ¿sabes?
- No quiero pelear.

Axel sonrió con suficiencia. Volvió a tumbarse boca arriba, con las manos bajo la nuca y el cigarrillo en los labios. Mencionó el poco tiempo que faltaba para empezar el curso. Después preguntó:

- ¿Todavía no ha vuelto la lista de tu hermana?
- Está en casa de su tía.
- Ah, esa chiflada.
- La tía Ágata no está loca.
- Vive en un vagón, ¿no?

–Su marido era ferroviario y vive en una antigua estación.

–Era bonito lo del vagón... ¿Crees que le gusto a tu hermana?

- Roberta es una vieja.

Axel consideró que por una vez su amigo tenía razón: Roberta era una anciana. Mencionó a la rubia Genoveva Miller y se rieron. Su engreimiento equivalía a un cursi centro de flores. Se escuchó el timbre abajo.

- Es el señor Strauss. Tienes que irte.
- Cuando me dé la gana.

Benjamín no insistió. Salió del cuarto nervioso y bajó las escaleras. Cargado de libros, el señor Strauss parecía un vendedor a domicilio.

–Tendrás que buscar un sitio donde dejarlos
–resopló feliz.

–¿Más libros?

–Y habrá muchos más. Tienes toda una vida para leerlos.

Plácidamente, la biblioteca del señor Strauss fue mudando de hogar aquel verano. A mediados de agosto, con la brusca amenaza de septiembre al fondo, las atestadas cajas ocupaban el garaje que había dejado libre el coche familiar. Tras sacudirse de encima a los picapleitos, el padre de Benjamín había iniciado una gira comercial relacionada con un proyecto de granjas avícolas. Por teléfono hablaba de pollos y gallinas con cifras planetarias. Las nubes de plumas cubrían el cielo. Le habían visto en compañía de diferentes mujeres (a buen seguro futuras granjeras), pero la madre de Benjamín desoía los rumores. Formaban parte del estío, de las copas aguadas con hielo y la desgana del calor. Qué era un verano sin habladurías, sin una cena regalada a las hormigas o una piscina con olor a ginebra. Que el señor Strauss se quedara a comer tampoco extrañó a Benjamín: lo consideró una prolongación de sus clases, ya que los exámenes copaban el horizonte.

El señor Strauss resultaba ingenioso. Hablaba en verso, recitaba a los clásicos. Tenía una frase para cada ocasión. Feliz, Benjamín había llegado a pensar que una mano divina había extirpado de su familia los seres incómodos: su excéntrica hermana y su soñador padre. Sin ellos la casa estaba en paz. Madre, hijo y profesor

constituían otra familia más interesante. Tal vez los vecinos desconfiasen de aquella fraternidad, pero Benjamín estaba encantado. Hasta Axel había dejado de visitarle a causa de unos días de vacaciones en el lago Pormenor. Desde allí le había enviado una tarjeta postal plagada de advertencias acerca de su histriónico tutor. De marica a criminal y a conspirador mundial. Debía andarse con cuidado.

Benjamín la leyó con reserva, desechando sus malos augurios. Cuando acabó de diseccionar sus maliciosos párrafos, no sintió amenaza alguna. Eran fruto de la envidia de Axel. Sus pulgares emborronaron la tinta y la postal, con el lago al fondo, quedó relegada al papel de marcapáginas del libro que estaba leyendo: una versión acortada pero aceptable, según el profesor, de *Moby Dick*.

Sin mar, las hazañas balleneras tornaron nostálgico a Benjamín. Soñaba con no examinarse, aunque bordaba sus análisis sintácticos y era capaz de resumir un texto sin vaguedades. El profesor bendecía sus ejercicios. Los días eran aún largos. Refrescaba por las noches y a primera hora el rocío enlucía los tejados. Una de esas mañanas, como culminando un ciclo natural, Benjamín se topó con el profesor Strauss en la cocina. Estaba en calzoncillo y camiseta de tirantes. Despeinado, parecía una parodia somnolienta del forzudo de circo. Benjamín saludó. Que hubiese pasado la noche en casa le aturdió. Axel tenía razón de repente en todas sus suposiciones.

—Benjamín, cariño... —apareció su madre—, ¿has dado los buenos días a...?

—Ha sido un buenos días muy tímido —le defendió el profesor.

–Y eso que le está cambiando la voz.

–Podrás declamar bien, Benjamín. La gente te escuchará.

En ese momento, amargado y cautivo, Benjamín afirmó que declamar era de maricas. Se produjo un silencio extraño: la cuchara del profesor tintineó en la taza, su madre se volvió con pereza. Benjamín tenía la mirada clavada en las absurdas margaritas del mantel de plástico. Se las apañó para preguntar:

–¿Dónde está papá? ¿Y dónde se ha metido Roberta?

–Papá está de viaje, Benjamín. Lo sabes bien. Y tu hermana de visita.

El silencio posterior se adensó: un mármol negro impenetrable.

–Déjanos solos, por favor –dijo ella al profesor.

–De acuerdo. Iré a hacer mis ejercicios. Me molesta algo el cuello.

–Me has obligado a ser grosera, Benjamín. Pero supongo que te debo una explicación.

Benjamín se tapó los oídos con las manos, negándose a escuchar.

–Han ocurrido cosas, no voy a negarlo.

Las flores del estampado se mezclaban unas con otras, el mantel una gran acuarela deshaciéndose. Estaba mareado. Algo le había sentado mal al estómago.

–Benjamín, ¿me estás escuchando?

Sacudió la cabeza de lado a lado.

–El señor Strauss es un buen hombre y hace todo esto por ti. Te adora, Benjamín.

–Es un marica.

–No, por Dios. No lo es –ella se rió–. ¿Por qué dices eso, Benjamín?

–Come ratones.

La risa de su madre le conmocionó aún más.

–Qué tonterías estás diciendo, Benjamín.

–Axel dice que mató a un hombre en otra ciudad.

–Tu amigo Axel, acabáramos.

Llamaron a la puerta y se giró nerviosa. El señor Strauss, ya vestido, se asomó para anunciar la clase.

–Benjamín va enseguida. Benjamín, hazlo por mí. Confiamos en ti.

–¿Cuándo va a volver papá?

–Pronto.

–¿Y Roberta?

–También.

–Mentira –insistió Benjamín, obcecado.

–Podría castigarte, Benjamín, pero no voy a hacerlo. Tu hermana –suspiró apaciguada–, volverá cuando se aburra. Al acabar el verano. Pretende ir a la universidad. La veremos menos. Espero que allí madure. En cuanto a tu padre... –rebuscó entre los cubiertos del cajón y extrajo un crujiente paquete de cigarrillos. Se puso uno en los labios. Tras encenderlo pareció sofisticada, diferente–. ¿Te sorprende, Benjamín? También me tomo medio whisky de vez en cuando. Tengo derecho a vivir.

Él asintió dolorosamente.

–Vete a clase, cariño. Hablaremos más otro día.

En vísperas de los exámenes, Benjamín recibió una zigzagueante llamada de su padre: estaba al borde de consolidar otro negocio. A Benjamín le temblaba la voz. Bajo la tormenta, la línea telefónica chisporroteaba; la electricidad estática era un gran exorcismo sobre tejados y jardines. Ni su madre ni el profesor Strauss estaban en casa y cuando su padre le preguntó por ella, se defendió con respuestas absurdas.

–¿Has dicho que está en el jardín?

–Regando.

–Pero si es casi de noche.

–Riega por las noches.

–Sí, claro. ¿Y tus clases? Habrás aprovechado el tiempo, supongo.

Seguro de estar traicionándole, Benjamín respondió que sí.

–No esperaba otra cosa de ti, hijo mío.

Tenía la sensación de estar charlando con su padre muchos años después de que todo aquello hubiese sucedido.

–Lamento no estar en casa estos días, Benjamín. Pero sé que lo harás bien.

Benjamín asintió entre hipidos.

–No te oigo bien, Benjamín.

–¡Estoy aquí! –gritó imponiéndose a la tormenta.

–Oh, estupendo. Pero no grites tanto.

–¡Papá!

–Debe ser la línea. Ya te llamaré mañana...

En ese momento Benjamín comprendió que su padre no estaba solo: daba explicaciones a alguien entre cuchicheos. Se escuchó una voz femenina al fondo (otra pasajera de la noche, pensó imbuido de literatura), mientras su padre decía:

–Le falta corazón. Yo no era así de pequeño.

Benjamín colgó. La vida le resultaba inhóspita, incomprensible. Un paisaje sacudido como una alfombra. Nada estaba en su sitio. Fue a su cuarto y se tendió vestido sobre la cama. Algo golpeó el cristal y dio un respingo. Axel, pensó, pero debió ser un pájaro enloquecido. Llovía con ganas. Las gotas arremetían contra el cristal y su fragor retumbaba en la casa. Los torrentes se adueñaban del tejado desbordando los

canalones. Las ardillas temblaban de miedo, los gatos visitaban el infierno y su madre y el señor Strauss cenaban juntos en Martino's, sin que pareciese tener mucha importancia que alguien les sorprendiese. Presentía la fatalidad de todo aquello.

En la penumbra, los libros apilados sobre la mesilla formaban una irregular pagoda. Los relámpagos iluminaban sus lomos: *La máquina del tiempo*, *Ivanhoe*, *El muerto vivo*... Había llegado a leer alguno en un solo día. Se sintió acompañado. No quería recordar a su madre saliendo arreglada de casa. No había hecho otra cosa en todo el día que parlotear acerca de lo mucho que le gustaba la comida italiana. Benjamín llegó incluso a añorar a Roberta. Ella le hubiera abrazado. Habría hecho de tripas corazón para confortarle.

La tormenta comenzó a alejarse, la lluvia un manso goteo que parecía un puro olvido. Arrumbados, truenos y centellas festoneaban las colinas. Asomado de nuevo a la ventana, Benjamín respiró los renovados aromas. El miedo buscaba otras mentes. Hacía llorar a otros niños y mantenía a sus padres cautivos de los cabeceros de las camas. Algunos perros aullaban.

Una polilla de la luz se coló en la habitación tentada por la lamparilla de la mesilla. Benjamín siguió su torpe vuelo. Aquel verano había visto pocas luciérnagas. El desdichado insecto acaparó todo su candor.

Más tarde, sin embargo, la mataría con su zapatilla. Acababa de jurarse a sí mismo que respondería con todas las insensateces del mundo a las preguntas de los exámenes y que le expulsarían del colegio. Eso le tranquilizó.

Con la malhechora zapatilla en la mano se quedó mirando la fea huella que había dejado el insecto en la pared. Apagó la luz y volvió a la cama.

Los profesores corrigieron con asombro sus incongruentes bravatas firmadas como John Silver “el Largo” y no tuvieron clemencia. Suspendió. La carta del consejo escolar desarboló a su madre. No encontraba explicación a lo sucedido. Benjamín permitió con su ensimismamiento que su madre dudase del profesor Strauss; tal vez no fuese la persona indicada. De repente el verano había quedado atrás. Podía palpase en la atmósfera, en las tardes coaguladas y las frescas mañanas.

La tarde en la que al entrar en su cuarto, Benjamín descubrió al señor Strauss sentado a los pies de su cama con un libro en la mano, la lástima tuvo para él un primer significado adulto. El veterano profesor dejó de leer con una sonrisa de súplica.

—Al menos seguro que fuiste ingenioso con tus disparates.

—Creo... creo que sí.

—La imaginación siempre es saludable.

—Me inventé cosas. Lo que me dio la gana. No contesté a las preguntas.

—¿Sabías las respuestas?

—Algunas. Bueno, sí, todas.

—Así me gusta. Un buen comediante. Yo también lo he sido. Ah, el teatro, la maldad, el amor. Disfrazarse, burlarse, herir al tiempo...

Recordaba pasajes favoritos, pero estaba alicaído y pronto Benjamín comprendió el motivo. No era el resultado de sus exámenes ni la mujer con la que había compartido algunas noches. Tampoco las habladorías. Al pasar las páginas del libro al azar, sencillamente se había tropezado con la malévola postal de Axel.

—Prométeme que lo terminarás —dijo de todos modos, ignorando su contenido.

Benjamín asintió entrecortado.

—Perfecto. En ese caso... —el señor Strauss se puso en pie para despedirse.

Oyeron un ruido en el pasillo. La madre de Benjamín, pálida y descalza, brotó de un sueño de hadas.

—¿No te quedas a cenar? —parecía sorprendida.

—Tengo que irme. Tal vez Benjamín no tenga la culpa de nada. Cúdale.

Puesto en pie era enorme. Su presencia dominaba el cuarto y pronto, dedujo Benjamín, su ausencia sería un gran pesar. Echarse en brazos de aquel adulto fue un deseo extraño, cohibido. Abrazó en cambio a su madre.

—Benjamín...

Ya estaban solos. El intruso abandonaba sus vidas como un suspiro y se alejaba camino del destierro. Se había deshecho de sus libros y en breve abandonaría lo demás.

Se sentaron juntos sobre la cama. Olía todavía al profesor.

—Abre la ventana, Benjamín, que entre el fresco.

La lluvia de las tormentas había marchitado algunas hojas y fue su olor el que impregnó la habitación.

Tras la derrota, Axel le dio su palabra de que haría lo imposible por ayudarle. Se sumaría a la lista de despojos del pasillo: repetidores, raros, hijos de divorciados, pobres de solemnidad y desdentados. Compartirían arrestos en la sala de estudios, reprimendas en los militares retretes. Saquearían taquillas, quemarían libros.

—Aunque puede que eso no te guste, ¿verdad, Benjamín?

Benjamín pasó por alto el asomo de ironía. Axel hablaba ahora de Genoveva Miller: había engordado tanto aquel verano que tenía doble barbilla. Ya no era su reina. De todos modos, reconoció, él ya no era un buen candidato.

—Mis padres están arruinados. Mi madre se ha pasado llorando la última semana. Su tarjeta de crédito no sirve. Y nos han embargado uno de los coches. Mi padre quiere que mi hermano se ponga a trabajar. Luego me tocará a mí. ¿No es estupendo?

—Sí...

—¿Sí? ¿Solo sí? Es... es grandioso —se explayó acomodándose como un patricio romano—. Eh, ¿aún no has tirado todos esos libros? No hay donde sentarse.

Los apartó a manotazos y varios cayeron como torpes pájaros. Benjamín se puso a recogerlos.

—No seas tan ordenado. ¿Tu madre sigue fumando a escondidas?

—Supongo.

—Pues yo me he quedado sin tabaco.

—Ya.

—No me dan la paga.

Benjamín guardó silencio: él tampoco tenía paga.

—¿Estás pasmado o qué? ¿Dónde guarda el tabaco?

No había nadie en la casa. Era septiembre y las aguas volverían a su cauce. Debajo quedaría el cieno del verano. Miró a su amigo. Axel había crecido; él no. Los acontecimientos eran plomo sobre sus escurridos hombros. Falta de deporte, decían todos. Ponte derecho, Benjamín. Siéntate bien...

—Chívate, Benjamín. A tu madre no va a importarle que agotemos sus reservas.

—Están en el cajón de los cubiertos.

–¿Y a qué esperas para ir a buscarlos?

–No me apetece.

–Si quieres que seamos siendo amigos tienes que hacerme favores –dijo Axel, ególatra, y Benjamín salió del cuarto.

Bajó los escalones con sigilo, por si hubiese vuelto su madre. Al llegar al último descansillo, observó la luz que entraba por la ventana lateral. Tenía la tonalidad del ocaso. Escuchó el motor de un coche; Axel presumía de adivinar los modelos por el sonido y él fantaseó para estar a la altura: Jaguar, BMW, tal vez un Aston Martin. Descendió hasta la moqueta observando que no estaba tan limpia como antes. Fue directamente a la cocina.

Su padre apartó la mirada de la maleta posada junto a la mesa dándole un susto.

–Benjamín.

–Papá...

Las voces colisionaron en el aire como notas musicales. El adulto se había servido un refresco de piña y casi lo había terminado; la mano permanecía cerca del vaso, sobre el hule. Benjamín refrenó el impulso de abrazarle. El padre de Benjamín forzó una sonrisa.

–Tu madre me contó que no te fue bien en los exámenes. No te preocupes. Tampoco yo fui un buen estudiante. Todo se arreglará. Ya lo verás.

Miró en derredor.

–La casa está muy tranquila, ¿no?

Benjamín se preguntó si sospecharía algo. Su padre respiró despacio; el aire se perdía en los recovecos de sus pulmones. Tosió, se dio una palmadita en el pecho.

–Debo haberme resfriado. En fin. Estoy un poco cansado. Ha sido un viaje muy largo. Quizás... quizás para nada. Los negocios no siempre acaban como uno ha planeado, Benjamín.

Observó a su hijo de arriba abajo, con mirada científica. Su gesto reverdecía.

—Eh, has crecido mucho. Un montón.

—¿Seguro?

—¡Claro que sí! Ven, dame un abrazo.

Su padre le despeinó. Le dijo que había estado con Roberta y que ella le echaba muchísimo de menos.

—Siente no poder estar incordiándote todo el tiempo, pero está muy atareada. Dios mío, hasta tiene un trabajo por horas.

—¿Un trabajo por horas? ¿Qué clase de trabajo?

Sentado en las rodillas de su padre, Benjamín era un niño enorme.

—No vas a creértelo. Cuidar niños.

—¿Y lo sabe mamá?

—Precisamente ella es la que resuelve todas sus dudas con los pañales y las escoceduras. ¿No te lo ha dicho?

—Tengo que... —quería contarle a Axel que todo volvía a ser como al principio, pero se quedó parado en medio de la cocina: Axel le escucharía más tranquilo si podía fumar.

Su padre terminó el zumo.

—Voy a acostarme un rato —dijo.

—Vale.

Ya solo, Benjamín abrió el cajón y rebuscó entre los cubiertos. Los cigarrillos habían desaparecido.

Tardó en subir al cuarto, lamentando tener que decepcionar a su amigo.

—Axel, mi padre ha... —su entusiasmo se precipitó por la ventana abierta de par en par: Axel se había ido.

Benjamín se asomó por si su amigo aún estaba descolgándose por el manzano. Los claroscuros del jardín anunciaban el crepúsculo. Oyó voces en otros

jardines. El verano decía adiós. Se había agotado su carga de cenas y mansos rumores. Pronto los suicidas columpios se mecerían vacíos con las tempestades de octubre. Cerró la ventana sellando lo que sentía.

Le llevó algún tiempo ordenar sus libros. Primero lo intentó alfabéticamente, seguido por tamaños. Finalmente se conformó con que los lomos estuviesen alineados. Dejó para el final el que sostenía el profesor el último día: un abarquillado ejemplar de *La flecha negra*. La mezuquina instantánea del lago Pormenor continuaba en su seno, ocultando sus absurdas teorías sobre el crimen y la depravación. La fue desmenuzando meticulosamente.

Tenía los papelitos apretados en el puño cuando oyó fuera los comedidos pasos de su madre. La maleta de la cocina, supuso, le explicaría quién estaba de vuelta. Benjamín temió escuchar gritos en el dormitorio principal. No fue así. Pasado un rato, ella entró en su cuarto con un dedo en los labios.

—Tu padre está muy cansado después del viaje. Se ha quedado dormido.

Benjamín asintió.

—He tenido que teparle con una manta. Tenía un calcetín roto. Pobre hombre.

No parecía referirse a un marido, sino a un transeúnte, alguien a quien se aloja por caridad. Benjamín se estremeció.

—Vaya, veo que por fin has ordenado esto un poco. ¿No vas a darme un beso?

Saltó de la cama y besó su mejilla.

—¿Va a quedarse? —se atrevió a preguntar.

—¿Quién, cariño?

—Papá.

–Ah, tu padre. Por supuesto. Voy a preparar la cena –se volvió en la puerta–. No le cuentes nada, por favor. Todo ha sido una tontería.

La cabeza de Benjamín subió y bajó.

Ya de noche, abrió la ventana de su cuarto. Olía a césped recién segado. Vio luz en algunas viviendas y le alegró pensar que las personas asomadas a otras ventanas también verían iluminada la suya. Su hogar, después de todo. Alargó la mano sobre el vacío. Separó los dedos muy despacio y el confeti de papel revoloteó a la luz del farol en busca de la húmeda oscuridad.



SEGUNDO PREMIO

La misión del sargento Couto

Roberto Leliebre Camué

Roberto Leliebre Camué

Roberto Leliebre Camué (nombre artístico: Roberto Leliebre), Santiago de Cuba (1953). Es licenciado en Derecho por la Universidad de Oriente en su ciudad natal.

Tiene publicados los libros de cuento: *Garrafón y otros cuentos*, Eds. Caserón (1988); *Juegos prohibidos*, Ed. Oriente (1992) y Colección Pinos Nuevos (1994); *Entre dos luces*, Ed. Oriente (1997); *Juegos consentidos*, Eds. Santiago (2002). Además, los ensayos *José Ángel Buesa contra el tiempo y el olvido*, Eds. Santiago (2005), con el cual obtuvo premio en el concurso nacional “José María Heredia”; y *Buesa de lejos y de cerca*, Eds. Caserón (2013). También la novela *El zafiro gris*, Eds. Caserón (2008).

Aparece en múltiples antologías como: *Anuario de narrativa*, Ed. Letras Cubanas (1994); *Todo el amor* (cuento), Ed. Letras Cubanas (1996); *Cuentos habaneros* Ed. Selector, México (1997); *Pedrito y otros cuentos*, Eds. Casa de Teatro, República Dominicana (2009); y otras.

En Cuba ha obtenido, entre otros: Premio en Concurso Nacional de Cuentos de Amor (1991); Premio Cuento “Pinos Nuevos” (1994); Premio de Ensayo “José María Heredia” (2000); Premio Cuento “Palma Real” (2004); Premio Cuento “Viña Joven” (revista católica)/2008.

Es miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y asesor jurídico de su Comité Provincial en la provincia Santiago de Cuba.

La misión del sargento Couto

Roberto Leliebre Camué

A las 15:45 horas, en el Cuerpo de Guardia del establecimiento penitenciario “El Chorrillo”, el sargento Couto cuelga el teléfono con exagerada delicadeza, que es la forma enconada de reprimir no solo la rabia que le produce lo que ha escuchado, sino también el ademán que correspondía a ese repentino estado de ánimo. Lo logra, pero el esfuerzo lo deja interiormente agitado y tiene que permanecer unos segundos apaciguando su respiración antes de actuar en función de la orden transmitida desde la jefatura provincial, y que ha anotado en un memorando con su caligrafía sinuosa y difícil; antes de hacerla llegar al capitán Tul que es el destinatario como jefe del Destacamento, vuelve a leer:

TRASLADAR DESTACAMENTO EMBALSE
EL CHORRITO PARA ZONA DE EMERGENCIA
EMBALSE RIO CLAVEL PUNTO SOLO DEJAR
EN ESA MECANICO DE TURBINAS RECLUSO
CON DOS CUSTODIOS Y OFICIAL AL FRENTE
PUNTO ESPERAR CAMIONES Y DEMAS A LAS
0400 HORAS MAÑANA PUNTO FIRMADO JEFE
ESTABLECIMIENTOS PENITENCIARIOS.

A primera vista la orden parece absurda, pero más absurdo y hasta desproporcionado resulta el disgusto individual del sargento Couto ante una decisión que afecta a todo el campamento; sin embargo el instinto le está haciendo señales desde el futuro próximo y desde ahora sabe que entre todos los inconvenientes que se van a presentar con el movimiento masivo de presos y custodios, el más enojoso caerá sin remedio sobre el hombre fatal que lo habita como una condena.

Se mantuvo bajo esa tensión depresiva hasta el mismo momento en que el capitán Tul, poniendo en ejecución la orden recibida, en breve reunión con los sargentos y oficiales le comunica que él (tenía que ser él) quedaría en el campamento como representante de la institución, y a la vez como custodio del recluso mecánico. Los oficiales y sargentos restantes respiran aliviados en tanto Couto, aunque presentía la fatal designación, vagamente esperaba que su mala suerte equivocara el camino, así que de todos modos se sorprende y hasta ensaya una protesta incoherente y débil que el capitán Tul le permite porque sabe que le ha dado una misión que se las trae, pero también sabe que la va a cumplir aun contra la voluntad de Dios.

A la insinuación de por qué no se deja a un oficial al frente del campamento, responde que no puede sacrificar a uno de tan pocos oficiales solo para cuidar a un mecánico, y que para representar al Estado en una de sus instituciones hasta un simple recluta lo haría con pareja dignidad, pero se deja a un sargento por si se da cualquier situación, tener a alguien de alguna graduación en el lugar, y que se escogió al sargento Couto (tenía que ser él) por su rectitud, experiencia, etc. Finalmente aclara que lo de “custodio” era más

bien una formalidad, pues el recluso mecánico estaba a punto de cumplir su condena y era capaz de cuidarse a sí mismo.

No fue hasta días después de estar solo y aburrido en el campamento, cuando cayó en la cuenta de que las variantes introducidas a la orden de la jefatura provincial por el capitán Tul, no tenían otro objetivo que ganar méritos ante sus superiores, y para no correr riesgos con una decisión inconsulta, lo sacrificaba a él (tenía que ser él) en calidad de perro fiel y obediente. Lo invadió una lástima de sí mismo que se transformó en repentina rebeldía y luego se desvaneció en un aura de orgullo pueril, pues como quiera, eso significaba que el capitán Tul lo distinguía del montón por sus cualidades, así que mejor hacerlo quedar bien.

Solo entonces tomó medidas para adaptar el régimen del campamento a la nueva situación. Con la ayuda del recluso solitario —y silencioso por cierto— clausuró dormitorios, comedores, salas de recreo y otros locales innecesarios; finalmente trasladó a su prisionero para el calabozo del Cuerpo de Guardia pues tenía capacidad mínima y seguridad máxima, y como estaba en el edificio de la jefatura, le permitía custodiar y a la vez dedicarse a otros quehaceres. Ahora todo estaba en regla y aunque comprendió que había hecho como una canal por donde los días iban a deslizarse parejos y monótonos, sintió en toda su persona que volvía a ser el muy respetado sargento Couto y ello lo reconfortó definitivamente.

Cada día lo emprendía él tras salir de un sueño apacible; se asomaba al calabozo y daba tres golpes en la reja para que el reo moviera el bulto bajo la frazada, después iba a asearse y preparaba desayuno para los

dos, Desayunaba él primero, y luego volvía al calabozo para sacar al preso, que siempre estaba listo. “Vamos”, decía a secas Couto, y después de hacerse a un lado lo seguía fusil al hombro.

Mientras el preso desayunaba con mecánica desazón, el sargento alimentaba al enorme pastor alemán que le habían dejado, no obstante su inconformidad; después conducía al preso hacia el taller, que no era otra cosa que el techado de una barraca sin paredes, y este se sumergía calladamente en su mundo provisional de bombas y turbinas; entonces el sargento limpiaba el Cuerpo de Guardia y el salón de entrada, lavaba alguna ropa, atendía los preparativos del almuerzo, todo sin perder de vista por mucho tiempo a su recluso; le echaba breves miradas de comprobación y mantenía al alcance el fusil automático. Otras veces se acomodaba en el taller y pasaba largo rato observando al reo, que nunca lo miraba, como ignorándolo adrede, hasta que un día el sargento rompió el hielo inútil:

–Oye, ¿por qué no te quedas trabajando aquí después que cumplas? –dijo de pronto.

El reo hizo un gesto para dar a entender que había escuchado, pero no contestó. El sargento volvió a la carga:

–Tendrías buena paga, mejor que cualquiera de nosotros, y un porvenir asegurado.

Tuvo que esperar a que el reo se lavara las manos con gasolina, las secara con estopa y encendiera un cigarro, para oír sus primeras palabras.

Pero sucede, sargento, que a mí no me gusta trabajar –se mira las palmas ennegrecidas–. Y menos en un oficio tan churroso como este.

—No estarás pensando meterte nuevamente en problemas.

—No lo estoy pensando. Es un hecho. Para ser exacto, no he salido de ellos en todo este tiempo.

El sargento queda en silencio pues para él, la conversación se ha metido muy pronto en un callejón sin salida. No le importa para nada el futuro de aquel hombre, y el consejo sin convicción que le ha regalado, solo le ha dado pie para que saque a relucir su valor fanfarrón y una filosofía de delincuente que él no admira, y en lo más íntimo teme.

A mediodía almorzaban, después el sargento volvía a encerrar a su hombre para dormir la siesta sin preocupación. Eso, al principio, pues con los días, se despatarraban ambos bajo los ceibos de la entrada y confiaban la vigilancia general al adiestrado pastor. Tras la siesta, el recluso trabajaba algo más en el taller, mientras el sargento reforzaba con ensaladas y fritangas lo que había quedado del almuerzo.

Cenaban al final de la tarde, muy lentamente, concientes de que se aproximaba la porción más penosa del día, pues el sargento, cumpliendo los horarios establecidos para cada actividad, volvía a encerrar al reo hasta el día siguiente. Durante esas horas llevaba la peor parte, ya que el preso leía libros y revistas hasta que, desde afuera, le apagaba la luz, en tanto él se hundía en un aburrimiento mortal que solo tenía por objeto la espera del sueño, mientras lamentaba no haber traído su guitarra en el permiso anterior; aunque todo eso era también al principio, porque después pasaban las noches disputando en juegos de mesa.

La tiesura de régimen penitenciario la quebró el propio sargento Couto, que era el más afectado con

tanta soledad y silencio. Fue el día de Nochebuena. Después del baño, condujo al reo hasta el lugar de costumbre y lo plantó frente a una cena donde solo faltaba el vino. El reo hizo un gesto de sorpresa para corresponder al esfuerzo del sargento por sorprenderlo. Cenaron en silencio durante algunos minutos, hasta que el sargento se animó.

—¿Y qué me dices, bribón, de la cena que te he preparado? Ni que fueras el jefe del Destacamento.

—La verdad es que ha tirado la prisión por la ventana.

El sargento se animó algo más ante aquella tentativa de chiste que parecía la aceptación del deshielo.

—Y eso no es todo. Mira lo que hay aquí—y como un mago, hizo aparecer en sus manos una botella de vino—. Pero de esto sí que no puedo brindarte.

Se puso a disfrutar el gesto goloso del reo; era la primera mirada de ansiedad que descubría en aquellos ojos fríos. El reo sabía que el sargento terminaría invitándolo, pero la sola presencia del vino lo había animado.

—Si vamos al caso—dijo, enseñando una sonrisa para que el sargento no interpretara sus palabras al pie de la letra—, el que no debía tomar es usted.

—¡Qué dice!

—Pues bien claro está. Si yo me emborracho, usted me tira en el calabozo y asunto terminado. En cambio usted...

—¡Bah! ¡Voy a emborracharme yo con vinito de uvas! Y creo que tú tampoco, a la legua se ve que eres gallo de pelea. —Y terminando de decir, llenó sendos vasos.

Tenían sed, y vaciaron la primera botella rápidamente. El sargento sacó otra. Luego otras.

Despertó molesto y refunfuñando por haber dormido con ropas y amanecer con tanto sol en las pupilas; de pronto fue consciente de su situación y se incorporó de un salto; corrió hasta el calabozo y las tripas se le hicieron agua cuando vio la reja abierta. “Ay, mamacita”. Se repuso de la brutal impresión y se echó afuera, tras recoger el fusil junto a su cama. “Por lo menos no se llevó esto”, pensó, o dijo en susurro.

Escuchó ruido en dirección a la cocina y se encaminó hacia allá con el fusil alerta, pero no tuvo que llegar, porque enseguida avistó al reo que arrojaba a lo lejos un objeto para que el perro lo buscara y trajera a sus manos. Respiró a fondo y se sentó a mirar la escena, como si fueran el primer hombre y el primer perro que jugaban así. El reo lo vio.

—¿Resucitó, sargento?

—No lo sabes bien.

—Pues ¡Feliz Navidad! —dijo el reo sin desatender al perro.

—Eso ya no se usa aquí.

—Tampoco se usa lo de Nochebuena, y la celebramos por todo lo alto.

—Yo no celebraba nada. Simplemente me harté y bebí algo.

—Pues yo, aunque le parezca extraño, amo esas cosas porque crecí con ellas. Así que: ¡Feliz Navidad!

—Bueno —dice el sargento con rápido encogimiento de hombros—. Lo propio, si es que cabe.

—Pues sí que cabe, tanto que ya no me arrepiento de haberle preparado un desayuno de ministro —dijo el reo ya cerca, al tiempo que le tiraba el manajo de llaves que, después del fusil, era el principal signo de poder del sargento Couto; este quiso no sorprenderse, y trató de actuar con naturalidad ante la duda: ¿Le habría dado las llaves al reo la noche anterior, bajo los efectos de cinco botellas de vino, o este las había tomado con abuso de confianza?

No se repitió la pregunta, pues sabía que nunca tendría la respuesta acertada, o al menos convincente; cuando bebía, amanecía como un rollo velado. “Siempre amanezco en blanco”. Tendría que preguntarle al reo, y en ese caso, no solo dejaría en evidencia un lado débil, sino que continuaría con la duda, pues no podría comprobar si decía verdad.

“Siempre amanezco en blanco, carajo”.

Se lo confesaba con preocupación cuando tenía treinta años menos, y amanecía en un cuarto desconocido junto a una mujer desconocida, o cuando se palpaba en el cuerpo los efectos de una riña, sin tener idea de con quién ni por qué había reñido. Pero ya no tiene mayor preocupación, para qué si tiene que ocurrir lo de siempre, el tiempo correrá líquidamente y no solo borrará esta inquietud, sino que traerá nuevas borracheras y nuevos olvidos. Y con esa conformidad interior se sienta frente al desayuno al aire libre.

No pudo dejar de admirarse ante la profusión de novedades: tostones, del platanar que atendían los presos, mayonesa para las galletas en vez de la grasienta y perenne mantequilla, mermelada de guayabas —él había visto esos pomos en el almacén y creyó que contenían puré de tomates—. “Registró bien el muy

cabrón”, masculló al tiempo que se tiraba un tostón en el hueco de la boca; lo trituró con lujuria mientras observaba al perro traer el objeto a la mano del reo, luego habló entre masticones.

–No pensarás convertir en sato a un pastor alemán que ha costado cientos.

–Al contrario, debía agradecerme que lo saque del ocio y lo mantenga en forma. Está engordando y eso lo echa a perder.

–Y de paso, te haces socio de él... por si las moscas.

–Algo tengo que ganar en el empeño, ¿no?

El sargento queda en silencio un rato; no solo comprende que el reo lleva razón en lo del perro, sino que no le importa gran cosa el destino del animal, por eso cambia el rumbo de la conversación.

–¿Mucho trabajo para hoy?

–Siempre hay bastante, pero como hoy es día de Navidad...

–Algo hay que hacer, para eso nos dejaron aquí –ha dicho el sargento con la mayor seriedad posible, sin dejar de engullir.

–Algo se hará –ha dicho el reo, sabiendo que no era necesario, para dejar sentado que le importa poco.

A media mañana están en el taller de turbinas, silenciosos; al reo no le interesa conversar con el sargento y este no sabe de qué hablar, ni siquiera puede coger un hilo de la noche anterior porque no recuerda de qué estuvieron hablando durante cinco botellas de vino, por eso lo coge de más atrás, de la conversación sin salida empezada allí mismo.

—Oye, demuestras un odio incurable hacia nosotros —dice como si la conversación tuviera solo segundos de interrumpida—. Sin embargo trabajas bastante bien, sabiendo que eso nos da méritos.

El reo reflexiona unos instantes buscando la punta de la conversación que daba por muerta, después contesta con pareja naturalidad, pues le gusta el tema.

—No lo hago por ustedes, sino por el país.

—¡Qué dice, hombre! No sabía que tuviera usted sentimientos tan elevados.

—¿Y por qué no? A los delincuentes nos interesa el bienestar del país tanto como a los policías y carceleros, porque es la vaca lechera de todos, y cuanto más engorda, mejor para todos. Solo que tenemos distintos métodos de obtener la leche; ustedes esperan pacientemente la gotica quincenal que nunca colma el vaso. Nosotros apretamos la ubre. Cuestión de temperamentos, porque todo el mundo quiere su vaso rebosante.

—Aprietan la ubre aunque les cueste la libertad. O la mismísima vida.

—La vida siempre está en peligro, sargento. La libertad es otra cosa. Más que la vida misma.

—Sin embargo, la arriesgan por unos pesos.

—Al contrario; arriesgamos el poquito de libertad que tenemos para poder hacerla más plena. Es como una inversión. Dinero es libertad.

—¿Y no es mejor ser bien libre, aunque se tenga poco dinero?

—No estaría mal, ¿pero quién ha logrado eso?

—Yo, por ejemplo.

—No me haga reír, sargento. Usted es tan preso como yo. Más que yo si vamos al caso.

—No me digas.

—Pues sí se lo digo. Usted es el vivo ejemplo de un preso con barniz de hombre libre, porque está tan obligado como yo a permanecer aquí, contra sus deseos. Vea, no hemos podido pasar la Nochebuena en familia, aunque a ustedes los comunistas, al parecer, eso no les interesa.

—Visto con esa mira estrecha, parece verdad; pero esta situación es accidental para mí, porque dentro de unos días pasaré una semana con mi familia, sin sobresaltos ni preocupaciones, porque no apreté la ubre esa del país.

—Eso será más accidental aún, porque al cabo tendrá que regresar a chequearnos a nosotros, quiera o no.

—Pero habré vivido una semana plena. Lo del regreso es cierto, pero todos hacemos cosas que no nos gustan; hasta los delincuentes, porque nadie roba ni trafica por el mero gusto de hacerlo.

—Le diera la razón si su semanita fuera realmente plena, pero a usted le gustaría llegar a su casa en un buen auto como el capitán Tul, cargado de regalos y cosas buenas que pueda comprar o sacar de aquí, pero usted en su casa va a enfrentar las mismas cortedades que nos empujan a nosotros, los delincuentes, a apretar la ubre.

—Quizás —dice el sargento con un resuello de hastío—, pero ya tú lo dijiste, es cuestión de temperamentos; no todos servimos para burlar la alarma de una joyería o pasar la aduana cargado de drogas.

—Claro, claro; pero sepa que en cualquier colocación... se puede apretar la ubre.

—¡Qué me dice!

El asombro del sargento ha querido ser fingido, pero el reo sabe que está alerta a sus próximas palabras.

–Vea, no le estoy proponiendo ni aconsejando nada... pero aquí en el encierro he descubierto las buenas relaciones entre mi gente y la suya. Tanto aquí, como allá afuera.

El sargento Couto queda en silencio, como si reflexionara, pero no piensa nada, simplemente deja pasar los segundos y de pronto se golpea la frente con la palma.

–¡Los frijoles, coño!

Echa a correr pesadamente, en dirección a la cocina.

Apenas hablaron en el resto del día, y por la noche se acostaron temprano; fue la primera noche que el sargento no se tomó la molestia de cerrar el calabozo.

A la mañana siguiente volvió a instalarse en el taller, y alguien que no lo conociera como el reo, habría pensado que estaba realmente interesado en la labor, tanta era su atención sobre cada movimiento. En realidad esperaba un motivo para empezar la conversación, pero el reo con su hermetismo, más la concentración que, fingida o no, mostraba en su trabajo, no daba entrada, de modo que el sargento tuvo que continuar el último diálogo, como si solo tuviera de interrumpido veinte segundos y no horas.

–Por ese lado, yo vivo tranquilo. Moriré pobre, pero con la frente alta.

–Muy bonito –dijo el reo enseguida, pues sabía de antemano por dónde vendría el sargento–. Lástima que no le sirva para llevar a la mujer y a los hijos a Acapulco.

El sargento se estremeció, miró al reo en busca del sentido oculto de sus palabras, pero este seguía impassible, con la vista y las manos en el vientre de una turbina. Por simple azar, había puesto como ejemplo lo que constituía desde siempre, el sueño azul del sargento Couto, por eso este se hundió en el silencio largos minutos, y después rezongó, como si hablara consigo mismo.

–Quizás tengas razón.

–Y quizás, no.

–En todo caso, no tengo ánimo de discutir –dijo, y después de otro breve silencio preguntó–: ¿Cómo aprendiste tan bien el oficio?

–Casi por obligación –contestó el reo aceptando el armisticio–. Es lo que ha hecho siempre mi padraastro, y desde que tengo uso de razón, es lo único que he visto hacer.

–Y seguro soñabas con ser otra cosa; embajador, por ejemplo.

–Claro, algo así –ha dicho el reo con una sonrisita sin entusiasmo.

–Casi nadie logra ser lo que ha soñado cuando muchacho. La vida lo lanza a uno por derroteros inimaginables, y a los cincuenta y dos, como yo, uno se sorprende de ser algo para lo que no tenía deseo ni facilidad; sin embargo uno llega a desempeñarse bien en las ocupaciones que no le gustan. Yo mismo, nunca pensé que iba a estar en este, ni en otros mil oficios que realicé antes. Mi vida era la guitarra; cantar boleros y rancheras. Al principio fue duro; allá en mi pueblo, hice dúo con un amigo de la infancia, porque ninguno tenía

gran voz, pero juntos, había que oírnos. El dueño de una fonda nos permitió amenizarla, por pago: la comida y un par de cervezas. Todo eso era por las noches, de día tenía que trabajar con papá y mis hermanos. Con lo de la fonda queríamos ganar confianza, y estar en la mira de un golpe de suerte, que por fin se dio, cuando ya nos estábamos cansando de ser estrellas locales. Nos escuchó un señor que tenía una especie de cabaret en Santiago, “Flor de México”, y nos contrató. Esa misma noche nos fuimos con él. Me despedí de mi novia como en las películas, tiré unas piedritas a la ventana de su cuarto, señal que ella conocía, y luego en la penumbra le dije mi propósito; la cubrí de besos y ella casi me arrepiente con sus lágrimas, pero me fui. Después te diré quién era mi novia.

“En la ciudad, ganábamos lo estricto para pagar un cuarto común, la comida y alguna ropilla; pero siempre había mujeres y tragos gratuitos. Se vivía, y lo más importante era haber dejado atrás el pueblito campesinón. A fines de ese año el patrón nos dio un aguinaldo y unos días de asueto. Era Navidad, como hubiera sido ahora. Volvimos al pueblo y lo viramos al revés con nuestros trajes de charro y el aire mundano de la ciudad. A la ciudad había que regresar en los primeros días del año nuevo, y yo tenía el problema de mi novia enredado en las piernas como una bejuquera. Mi novia era nada más y nada menos que la muchacha más linda del pueblo, y también la más rica. Y por supuesto la familia no quería para ella un guajiro guitarrero que solo había aprendido a fumar y a empinar el codo. La última noche de farra me dije: ‘Año nuevo, vida nueva’. Y regresé a la ciudad con el nuevo año y con mi Justina a cuestas.

“Eso trajo reajustes en mi vida y en la del dúo, pero nos adaptamos, pues todo se veía como pasajero, hasta que otro golpe de suerte nos empujara a un plano superior. ‘Quién sabe si a México, como el Charro Negro’, nos decíamos; pero ese golpe tardaba, y mientras tanto, no era posible vivir de la música nada más. Tuve que hacer otros trabajos por el día, y eso puso en crisis al dúo, pues mi compañero estaba decidido a dedicarse solo a la música, aunque pasara hambre. Mi matrimonio con Justina también estuvo en el pico del aura, porque le dio por celos. Nos sostuvo el alegrón del primer crío, y una desgracia común: su padre la desheredó. Entonces me dediqué a trabajar en serio, y ya el dúo quedó agonizante. En el fondo, yo había estado esperando que lo de mi Justina y su familia terminara como en las películas mejicanas de entonces, que ellos la perdonaran, en tanto yo triunfaba arrolladoramente, pero no se dio una cosa ni la otra. Tenía familia con veintitrés años, en una ciudad que se impulsaba por segundos, y solo sabía cantar rancheras y seducir mujeres. Fui desde chulo hasta malabarista de circo; después vino el triunfo de la Revolución y se acabó el brinca-brinca. Me enrolé en esto de cuidar presos con idea de estabilizar un poco mi vida, y de aquí saltar a otra cosa; pero creció la familia y surgieron otros mil problemas. Veinte años llevo aplazando el salto y ahora lo que queda es esperar el modesto retiro”.

—¿Nunca se le ocurrió apretar la ubre de nuestra vaca? —dice sin emoción la voz del reo, que al final del relato ha estado fumando cerca del sargento.

—¡Eh! ¿La ubre? —el sargento Couto ha tenido un ligero sobresalto, porque de algún modo contaba la

historia para sí mismo, y más que hablar, reflexionaba, por primera vez, sobre su vida—. Bueno... no. Cuando se tiene hijos y eso...

—Yo lo veo al revés. Cuando se tiene hijos, es cuando hay que apretar.

—Sin que cuente el mal ejemplo.

—Por mi parte, prefiero que me sepan delincuente, y no un pusilánime.

—¿Tienes hijos?

—Es un decir, pero lo mismo da.

—Chico, es como dijiste antes: cuestión de temperamentos —ha dicho el sargento Couto con un suspiro forzado mientras se incorpora—. Cuestión de temperamentos —repite sin convicción en medio de un bostezo.

“Hum, le quedan pocos días al muy cabrón”, dice para sí el sargento Couto después de revisar la tarjeta penitenciaria del reo. “Apenas una semana”, sigue diciendo bajito, después de contar con los dedos, mientras coloca la tarjeta en su sitio. Siente una molestia indefinible ante el hecho inminente, y le molesta aún más, que ello le preocupe parejo al interés del oficio; por eso reacciona con energía. “Y qué carajo me importa. Que se vaya a apretar su ubre. A la vuelta de unos meses estará por aquí otra vez; a ver con qué filosofía barata se viene entonces”.

—Te quedan días —le dice un rato después en el taller.

—Quién lo puede saber mejor que yo.

—Mañana llamo a la Jefatura. No sea que...

—Mi abogado ya lo habrá hecho. Es eficiente el tipo, y sabe que soy buen cliente.

No hablaron más ese día, y apenas lo hicieron en los siguientes; hasta la mañana en que el reo debía partir. Rechazó el desayuno; solo tomó café para bajar los calmantes contra la ansiedad, y acompañar los cigarros que consumía uno tras otro. Había resistido tres años con algún estoicismo, pero sentía que no soportaría un día más. “Si hoy no llegan los documentos, soy capaz de fugarme como un condenado a muerte”, pensaba con verdadera obsesión. El sargento sabía que, más que inútil, era imposible conversar con él, y aunque no le importaba gran cosa, en algún lugar del pecho le fastidiaba tanta concentración y ansiedad; esa actitud le hacía darse cuenta de que él nunca había tenido verdadera pasión por nada. “Ni por las rancheras”, se confesó.

A las diez y media de la mañana una columna de polvo se alzó a lo lejos; el reo brincó en el asiento, al sargento le brincó el corazón, a pesar suyo, y el perro se puso a ladrar, hasta que lo hizo callar con un gesto de fastidio. La columna de polvo avanzó envolviendo dos vehículos que se estacionaron frente a la entrada del edificio; en el primero, un jeep soviético, venía un funcionario de la Jefatura que apenas saludó, y comenzó el sencillo trámite que lo había traído a un sitio tan apartado; tras él bajó un custodio conocido del sargento Couto, quien le señaló a un recluso que permanecía esposado en el asiento trasero.

—Es el nuevo mecánico de turbinas.

—Guárdalo allí —dijo el sargento con sequedad, mientras le indicaba el calabozo del Cuerpo de Guardia.

El conductor del segundo vehículo, un Ford del año 54, permaneció frente al volante. Esperaba al reo.

Terminado el trámite, el funcionario se despidió vagamente del sargento, y alegando asuntos de urgencia, se metió en el jeep con la misma prisa con que había bajado. El reo ya estaba muy relajado; de las pertenencias que el sargento le puso delante, solo tomó sus documentos personales y apartó lo demás.

—Esto ya no sirve —dijo con satisfacción mal reprimida, después buscó dentro de su pecho el tono más amistoso posible, y le tendió la mano al sargento—. Siento dejarlo, sargento, pero también yo tengo deberes que cumplir.

—Como el de apretar la ubre.

—Pudiera ser. Nunca se sabe.

—¿Qué tres cosas harías, si te dieran por tres minutos la Presidencia del país? —ha dicho de pronto el sargento, y por primera vez desconcierta al reo.

—¿Ni siquiera tres horas? —pregunta el reo sin interés real, pues solo quiere darse tiempo.

—La regla es: tres minutos, para hacer tres cosas.

—Pues... lo primero sería, permitir otra vez la celebración de las Navidades; después, prohibir que los presos que están penados por hechos de sangre, cumplan revueltos con los otros. Finalmente... Nada, lo ascendería a usted a Mariachi Nacional —terminó diciendo con sorna afectuosa, y se encaminó al auto que lo esperaba. El perro empezó a ladrar.

Solo cuando el auto comenzó a alejarse, se movió el sargento hasta la puerta, y lo siguió con mirada insondable, aún después que se lo tragó la distancia y la gran columna de polvo que levantaba a su paso;

permaneció así hasta que los ladridos del perro lo sacaron a flote; lo hizo callar, y se dirigió al calabozo para atender el nuevo mecánico de turbinas.



RELATO MONEGRINO

J. F. y J. F. conversan

César Ibáñez París

César Ibáñez París

César Ibáñez París (Zaragoza, España, 1963) es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Zaragoza y vive en Soria desde 1990, donde trabaja como profesor de secundaria. Ha publicado siete poemarios premiados: *La máscara blanca*, *Intemperies*, *Cántaro y otros límites*, *Églogas invernales*, *Los desvelos*, *Invierno o luz* y *La ruta de la sed*, así como la *plquette* *Diálogos al raso* y la antología bilingüe –castellano y gallego– *Llamas noches a los giros del vals*. También son fruto de su dedicación literaria las novelas *Los frutos caídos* (Umbriel, 2004) y *La cueva de los diez acertijos* (Everest, 2008). Su versión de *Tartufo* de Molière mereció el I Premio de Adaptación Literaria Biblioteca Teide.

En el género cuentístico, ha obtenido los siguientes galardones:

VI Certamen de Narraciones Breves, convocado por el CMU Santa Isabel de la Universidad de Zaragoza (1985) por *Edad del hierro, espacio del guerrero*.

Premio de Relatos “Diario de León” (1988) por *El sitio de los ojos*.

Premio “La mueca del pícaro” de Barbastro (2012) por *Canales y puentes*.

Premio de microrrelatos “Pompas de papel” (2012) por *En la cueva*.

Premio “Juana Santacruz” del Ateneo Español de México (2014) por *Última voluntad*.

J. F. y J. F. conversan

César Ibáñez París

En los últimos días del verano de 1959, poco tiempo después de haber estrenado *Misión de audaces* y de haber terminado el rodaje de *El sargento negro*, el director de cine Sean Aloysius O'Fearná, más conocido como John Ford, viajó a España invitado por el productor de cine Shmuel Bronstein, más conocido como Samuel Bronston, que tras haber estrenado *El capitán Jones* y mientras ponía en pie los andamios que sostendrían *Rey de reyes*, seguía buscando colaboración y apoyo de gente relevante de Hollywood que tuviera un cierto grado de independencia con respecto a los grandes estudios. Ford ya había rechazado la posibilidad de dirigir el espectáculo bíblico, pero sí mostró interés en una de las muchas ideas que bullían en la imaginación del productor ruso-americano, concretamente la adaptación de la novela histórica de Sir Arthur Conan Doyle titulada *The White Company*, un relato sobre cistercienses del siglo XIV, a medio camino entre Walter Scott y Stevenson.

Ni los biógrafos de Ford ni los de Bronston mencionan el viaje, y ello es así por dos razones: porque el aguileño hacedor de wésterns puso como condición el incógnito para evitar el trato con periodistas, colegas

y otros parásitos, y porque el proyecto nunca pasó de la fase de buenas intenciones, entre otras cosas a causa de la avaricia de los herederos del creador de Sherlock Holmes. Pero el hecho cierto es que el individuo alto y un tanto desgarbado, cubierto con unas gafas negras y una gorra de visera, que descendió del cuatrimotor procedente de Londres una mañana de septiembre de 1959 y que tras saludar lacónicamente a Bronston y compañía se dirigió como una flecha al estanco del aeropuerto de Barajas y se agenció de inmediato una caja de farías, era John Ford, el director de películas, el de *La diligencia*, el tuerto genial que despachaba a los productores de los rodajes, el tipo que tenía seis copias de la estatuilla del tío Óscar en el salón de su casa de Bel Air.

Al parecer, Ford solo estuvo en Madrid un par de días, y la verdad es que al respecto no dispongo de ningún dato. Podemos suponer que habló con Bronston del proyecto; podemos imaginar que tras las conversaciones, quizá más bien soliloquios del aguerrido y parlanchín productor, el director ya sabía que la película no iba a hacerse, al menos por el momento; y sabemos, por testimonios posteriores del propio Ford, que la novela le parecía idónea para construir con ella un buen film. Fuera como fuese, al tercer día, probablemente harto de la megalomanía de Bronston, o quizá de la grisura de un Madrid lleno de permanentes y de limpiabotas, consiguió que le proporcionaran un automóvil (un Pegaso, por supuesto), se encajó la gorra de visera, cogió la ya mediada caja de farías y una petaca con whisky (irlandés, por supuesto) y se largó “a buscar exteriores para la película”, dejando a Bronston con un palmo de narices.

¿Buscaba una zona desértica que se pareciera a Monument Valley? ¿Buscaba una abadía cisterciense? ¿Simplemente quería estar solo? Quién sabe... El caso es que salió de Madrid por la Nacional II, carretera de Zaragoza, una mañana de mediados de septiembre de 1959, y por la tarde estaba en los Monegros. ¿Preguntó por el monasterio de Rueda, cisterciense, no le entendieron y acabó en Villanueva de Sijena, que es un monasterio de monjas de la orden de San Juan de Jerusalén? ¿Conducía sin rumbo fijo, vio desde la carretera un paisaje que le atrajo, que de alguna forma le pareció propio, y decidió acercarse? Una vez más es imposible saber con certeza lo que pasó, pero lo que sí sabemos es que cuando un sol rojo que parecía fundir el horizonte dominaba la parte occidental del cielo, John Ford se encontraba sentado sobre una piedra en mitad del monte, cerca de un pueblo de la provincia de Huesca llamado Sena, fumando, bebiendo y charlando con un pastor de cabras.

La versión que aquí voy a contar de esa conversación y de ese ocaso es la que el peculiar pastor le dio a un amigo mío, que unos años después comenzaría su labor profesional como maestro ejerciendo en ese pueblo, en Sena. Mi amigo prefiere permanecer en el anonimato, pero yo les garantizo que es de fiar, y desde luego el pastor ni era de natural fantasioso ni tenía razón alguna para mentir, así que podemos estar razonablemente seguros de que lo que sucedió y lo que ambos dijeron (o más bien su traducción, porque el diálogo tuvo lugar en inglés, claro) fue poco más o menos como sigue.

El cabrero recorría sus lugares de siempre, más conducido por los animales que conduciéndolos, cuando la figura de un fumador sentado frente al horizonte le

sorprendió y le intrigó. Se acercó y se sentó junto a él. Dijo en español:

–Buenas tardes. Si se ha perdido yo puedo orientarle.

A lo que Ford respondió:

–I’m sorry. I can’t understand.

El resto de la escena se produjo en inglés, ya lo he dicho, pero como la versión de la que dispongo es la traducción que el cabrero le hizo a mi amigo, sería bastante absurdo, además de una pedantería por mi parte, tratar de recuperar la “versión original”. Aquí va, pues, el digno doblaje.

–No hay problema, yo a usted le entiendo perfectamente. De hecho, nací en Milwaukee hace casi cincuenta años.

–¡Vaya, esto sí que es una sorpresa! ¡Eche un trago, compatriota! Me llamo John Ford.

–Encantado. Yo me llamo James Falk.

Se dieron la mano. Falk aceptó el whisky y el tabaco de Ford.

–Me suena su nombre. ¿No será usted un actor de cine?

–Mucho peor que eso. Soy director de cine.

–Pues está bastante lejos de Hollywood.

–Me ha invitado un tipo que quiere hacer negocios conmigo, pero no me fío de él. Esta puesta de sol es perfecta.

–Sí que lo es. Debería estar acostumbrado, pero aún me quedo mirando como si estuviera hipnotizado. Es como el fuego.

–Es fuego.

–Sí que lo es.

Callaron y miraron. Debieron de sentirse bien: en el sitio adecuado en el momento preciso. Confluían, para su felicidad, el latido del sol, los balidos del hato y el olor del tomillo.

–No quisiera que se sintiera obligado a ello, pero, si no le parece una indiscreción, siento curiosidad por saber cómo un tipo de Milwaukee ha venido a parar a un sitio como este.

–Se lo contaré con mucho gusto, amigo. Llegué a este país hace veintidós años como brigadista internacional, cuando la Guerra Civil, ya sabe, dispuesto a matar yo solito a la mitad de los fascistas de Europa. De hecho, y espero que no se escandalice demasiado, por entonces era comunista. Cuando uno es joven pasan esas cosas.

–No me escandalizo. En Hollywood había bastantes en aquella época. Por cierto, hace algún tiempo un tipo llamado McCarthy, un jodido político, se empeñó en que los delatara.

–¿Y lo hizo?

–¡Por supuesto que no! ¿Por quién me ha tomado? Los políticos son como los productores, puñeteros burócratas. Si te acercas demasiado a ellos estás perdido, te contaminan.

–Sí, creo que tiene razón. A mí me decepcionaron en seguida. En lugar de hacer frente común contra Franco se lanzaban dentelladas unos contra otros. Y mis camaradas comunistas, sobre todo los jefes, eran de los peores, hipócritas y retorcidos.

–¿Y qué hizo, cambió usted de bando?

–¡Por supuesto que no! ¿Por quién me ha tomado? Me llegaron noticias de América, mis padres habían

muerto en un accidente de automóvil. Me dieron permiso para volver, pero no fui capaz de hacerlo. Me daba miedo.

–El pasado puede ser más peligroso que las balas.

–Después estuve en Inglaterra y volví a combatir en Francia, pero no conseguí olvidarme de cierta chica a la que había conocido aquí, en España, así que en el 45 volví a buscarla. Y la encontré.

–La suya es una buena historia.

–Sí que lo es.

–Se podría hacer una buena película con ella. ¿Y desde entonces se dedica a las cabras?

–Hago muchas cosas: ayudo a arreglar casas, a segar y a trillar el trigo y la cebada, a coger las cerezas y los melocotones... Soy un chico para todo.

James Falk se rio, quizá de lo que había dicho, quizá de algún recuerdo concreto que surgió en su cabeza en ese momento. Una piel curtida, rugosa, enmarcaba unas facciones sobrias y unos ojos azules. Mechones de pelo entre pajizo y gris le salían por debajo de la boina.

–¿Nunca le ha molestado la policía?

–Aquí no soy James Falk, sino Juan Fajardo. Los papeles falsos acaban siendo verdaderos, solo es cuestión de tiempo. Además, a mi mujer le tienen mucho respeto en el pueblo. Incluso la temen, cuando quiere puede ser de armas tomar...

Esta vez ambos rieron. El sol se estaba derritiendo en el horizonte, entre temblores de cielo y tierra. En unos segundos desapareció, dejando un rastro de hervores cárdenos.

–Eche otro trago, amigo. ¡En lugar de *cowboy* es usted un *goatboy*! ¿Cómo se llama el perro?

–Es una perra. Se llama Clementina.

–Mi querida Clementina... Tendrá que disculparme un momento, pero con estas gafas ya no veo bien. Voy al coche a coger las otras. Y de paso traigo más whisky.

John Ford se levantó, desentumeció sus piernas y caminó hasta el Pegaso. Volvió con las gafas transparentes, el parche en el ojo malo y más aguardiente de cebada irlandesa.

–Ahora que lo pienso, creo que he visto una de sus películas. El verano del año pasado vino al pueblo un cinematógrafo ambulante y pusieron una del Oeste. John Wayne y un chico joven buscaban a una chica, sobrina de John Wayne, que había sido raptada por los comanches. Sí, así era. Me gustó. El final es emocionante.

–Gracias. A mí esa también me gusta.

–No sé si habré visto alguna otra, no me acuerdo. La verdad es que he visto poco cine, casi nunca salgo del pueblo. Pero me gustaría que me recomendara una, nunca se sabe.

–A mí me gusta mucho *El hombre tranquilo*, que es la historia de un boxeador americano que vuelve a su Irlanda natal y acaba encontrando su lugar en el mundo. Es decir, una mujer. ¿Se da cuenta? Es justo lo contrario de lo que le sucedió a usted, que tuvo que irse a otro continente para encontrarla.

–Sí que lo es. Aunque, bien mirado, también podría ser lo mismo. Quiero decir que volver no es más que otra manera de ir. El pasado puede ser peligroso, como usted ha dicho, pero nunca está delante de nosotros, siempre está detrás.

–Sé a lo que se refiere. En la película la Irlanda que encuentra es la misma que dejó, pero él ha cambiado mucho.

La pantalla de la noche clara les ofrecía el espectáculo de las estrellas, que podían contemplar en primera fila y sin pagar entrada. Por el suroeste una luz lechosa había precedido a una brillante línea blanca en el horizonte. La luna estaba a punto de nacer.

–No sé si es el whisky o la noche o que me siento envejecer a toda velocidad últimamente, pero, ya que parece tener usted la virtud de saber escuchar, tan poco habitual, a no ser que se levante y se largue ahora mismo le voy a contar algo que no he contado nunca a nadie.

–Adelante, amigo. Sé guardar un secreto.

–Yo entré en este negocio del cine por mi hermano mayor, Francis. Fue él quien llegó a California buscándose la vida y al poco tiempo escribía, dirigía e interpretaba películas en Hollywood. Estoy hablando de cine mudo, claro, de cuando la Gran Guerra y el Ford T. Si no me hubiera animado con tanto entusiasmo a que saliera de Maine y me uniese a él yo habría sido marino, y un buen marino, modestia aparte. Pero le hice caso, y aquí me tiene.

»Francis era un tipo estupendo: jovial, ingenioso, intuitivo, ponía el alma en todo lo que hacía. Se fue de casa siendo un adolescente y recorrió el país con una compañía de teatro ambulante. Entró en el cine de la mano del mismísimo Thomas Edison. Se casó muy joven y tuvo dos hijos, pero el matrimonio no podía durar y no duró.

»En el tiempo del que le hablo era una verdadera estrella, era famoso y ganaba mucho dinero. Los

productores hacían creer a todo el mundo, a través de las revistas de cotilleos, que estaba liado con la actriz que protagonizaba los seriales que hacían juntos, Grace Cunard, pero no era cierto. Tenía mucho éxito con las chicas, de hecho cambiaba de novia cada dos o tres meses. Un sábado por la noche habíamos estado bebiendo y volvíamos a casa ya de madrugada. Un tipo nos salió al encuentro y le dijo a Francis que iba a pagar por haberle robado a su chica. Mi hermano intentó hablar con él, pero el otro, furioso, irracional, sacó una navaja. Yo, sin pensarlo dos veces, le di un puñetazo. El individuo cayó de espaldas y se desnucó en el bordillo de la acera. Lo maté. Así de simple.

»La calle estaba desierta. Nos fuimos de allí a toda prisa y no volvimos a hablar de ello nunca más. Ni él ni yo. Ni mencionarlo. Nunca. Hasta ahora.

»A partir de ese momento la carrera de Francis empezó a declinar poco a poco. Cada vez dirigía menos y peor, hasta que solo se dedicó a actuar, y nunca de protagonista. En el sonoro se habían invertido los papeles: era él quien dependía de mí, de los trabajos de secundario que yo le conseguía. Murió hace seis años...

»En fin, es lo que hay. Nos pasamos toda la vida hablando, la mayor parte de las veces de tonterías, y callamos lo esencial.

—A veces lo esencial no puede decirse. O no debe ser dicho.

—Es posible, no sé. Seguramente tiene usted razón, como cuando ha dicho que el pasado nunca está delante de nosotros. Le ruego que me perdone. Está claro que me estoy haciendo viejo.

El foco pálido de la luna bañaba la escena de penumbras azules. Un grillo había decidido empezar su monótona serenata. El cabrero se levantó, llamó a su perra y dijo:

–Se hace tarde. Muchas gracias por todo, amigo. Si vuelve por aquí ya sabe que será bien recibido. Y deje que el tiempo pase, es lo único que sabe hacer.

Tras estrecharse la mano, John Ford vio cómo James Falk, la perra Clementina y las cabras se alejaban hacia el pueblo, cubiertos por la seda azulada de la luna y por la tibieza impalpable de los tomillos. Cerró los ojos un instante y vio con claridad el rostro de su hermano mayor. Como siempre, el whisky le había dejado la cabeza caliente y los pies fríos.

Condujo como buenamente pudo hasta Zaragoza y durmió en el Gran Hotel. Al día siguiente volvió a Madrid, le dijo a Bronston que no contara con él y voló de regreso a América.

Tres años después, en 1962, Sean Aloysius O’Fearná, más conocido como John Ford, volvió a visitar España, como tantas otras gentes del mundo del cine en aquellos años, pero no volvió a los Monegros, no se acercó a Sena. Entonces sí hubo colegas, periodistas, fotógrafos y otros parásitos a su alrededor. Incluso algún político.

James Falk, más conocido como Juan Fajardo, le guardó el secreto. Cuando le contó todo esto a mi amigo, el gran director llevaba varios años muerto y enterrado, y él mismo empezaba a sufrir los síntomas de un glaucoma que lo sumió en las sombras en sus últimos años.

Nadie ha llevado al cine la novela de Sir Arthur Conan Doyle *The White Company*.



Los Monegros
CONSEJO COMARCAL



**INSTITUTO DE ESTUDIOS
ALTOARAGONESES**

Diputación de Huesca